

NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
8 de septiembre de 2008
Rm 8, 28-30; Mt 1, 1-16. 18-23

Detrás de cada nombre de esta genealogía que acabamos de escuchar, había un proyecto divino. Para cada persona, un plan de amor. Este proyecto salió bien o no según el uso que cada uno de los personajes hizo de su libertad. Unos son alabados por la Escritura y otros son reprobados. *Dios lo había dispuesto todo en bien* de cada uno para llevar adelante su plan hasta llegar a *la plenitud* de los tiempos y restaurar *todas las cosas en Cristo* (cf. Ef 1, 10). El proyecto más logrado de todos es el de Santa María, de la cual hoy celebramos el nacimiento.

Pensada en el proyecto divino desde mucho antes de su nacimiento para hacerla santa, hasta el punto de que fuera *la imagen* más acabada de Jesucristo, el Hijo de Dios que tenía que ser hijo suyo para compartir la experiencia humana. María, con su cooperación libre, consciente y generosa, responderá plenamente al llamamiento divino y al término de su vida será glorificada de una manera eminente. En efecto, ella es el proyecto divino sobre el ser humano que ha resultado más logrado, en el seguimiento de Jesucristo y en la respuesta a la vocación recibida. Sólo ella nos hace quedar bien -a los hombres y mujeres de todos los tiempos-- ante Dios por su correspondencia al designio de su amor. Por eso, la Iglesia se alegra ya de su nacimiento, consciente de todo lo que este bebé, María, será para el género humano con su maternidad.

En Montserrat, como en tantos otros santuarios marianos, esta fiesta toma un relieve especial. No solamente por ser un santuario en el cual María se ha hecho espiritualmente presente -ha "nacido", podríamos decir con una expresión metafórica-, sino también porque es la fiesta titular de esta basílica y la patrona de nuestro monasterio. Es la titular, ¿qué quiere decir eso? Quiere decir que, cuando esta basílica fue dedicada a Dios para ofrecerle un culto en Espíritu y en verdad (Jn 4, 23), se quiso honrar a la Madre de Dios haciendo memoria de su nacimiento. Se convertía así en señora espiritual de este lugar. Dedicando la basílica en memoria del nacimiento de Santa María se reconocía, además, que, por providencia divina y por devoción de los fieles, la montaña de Montserrat se había convertido en un lugar en el cual la Madre de Jesús y de la Iglesia se había hecho presente para mostrar su solicitud maternal y su protección. De esta manera, los monjes destacaron esta realidad -constatada por la fe de miles y miles de peregrinos a lo largo de los siglos-- como característica de esta basílica, así como lo fue de la iglesia anterior y de la pequeña capilla románica que la precedió, ya en el s. IX. María ennoblece este lugar y continúa su misión de hacer presente a Cristo en el mundo; atrae a los peregrinos y --tal como expresa bellamente la Santa Imagen-- les muestra a su hijo, invitándoles a poner en práctica "todo lo que él" les diga (cf. Jn 2, 5). El fruto de sus entrañas se hace presente en la proclamación de la Palabra divina, en la celebración de los sacramentos por el ministerio de la Iglesia y en el diálogo cordial de la plegaria interior. Así, aquella realidad que se inauguró con el nacimiento de Santa María, aurora de la salvación, y que encontró su plenitud en Cristo, se hace presente cada día en esta casa a favor de todos los que vivimos -monjes y escolanes-y de los que acudís como peregrinos y visitantes. Por eso, en el altar donde celebramos la Eucaristía, hay una inscripción que traducida del latín dice así: "Sobre esta piedra, dedicada al nacimiento de María, edificaré mi Iglesia de Montserrat". Dios, pues, con la gracia que brota de este altar nos va construyendo como pueblo santo en este lugar.

María, con su intercesión, es solícita de lo que se vive en esta basílica y en este

monasterio puestos bajo su protección. ¡Qué eso significa su patronazgo! Es solícita maternalmente a fin de que Cristo se forme en cada uno de los peregrinos, en cada monje y en cada escolán. Para cada uno Dios tiene un proyecto de amor, como lo tuvo para cada uno de los personajes mencionados en la genealogía evangélica. A nosotros nos toca colaborar con su plan a favor del mundo. Un plan que, como en el caso de la venida del Mesías, él va llevando a cabo actuando en el interior de los acontecimientos humanos que tejen la historia. Logrados o no, son lugar de transmisión del plan divino, que no queda a merced de las opciones libres del hombres y mujeres, por más que eso no significa que saque la responsabilidad personal y el hecho de tener que dar cuenta al final de la existencia.

La solemnidad del nacimiento de Madre de Dios es un canto a la vida, como lo son toda paternidad y maternidad que hay detrás de cada nombre de la genealogía. Es un canto al don que Dios otorga al inicio de la existencia de cada persona, porque todas tienen un lugar en su designio de amor y todas están destinadas a disfrutar eternamente de él. Desgraciadamente, en cambio, son muy numerosos los casos en los cuales no se respeta la vida nueva en el seno de la madre; y como ya sabéis se da el aborto hasta bien entrado el proceso de gestación. Comprendiendo los dramas personales que se pueden dar en estas circunstancias y sabiendo que la compasión de Dios es más grande que las decisiones humanas equivocadas, los cristianos tenemos que defender la vida naciente porque sabemos que es Dios quien -para decirlo con el salmista-- nos teje *en las entrañas de la madre* (cf. Ps 138, 13). Pero tenemos que ofrecer, también, alternativas positivas y esperanzadas a las personas que se encuentran en situaciones angustiosas en este ámbito. Por otra parte, en este tema de la genética humana hace falta rehuir la demagogia y abrir una reflexión seria desde la medicina, del derecho, de la ética filosófica y de la teología moral, porque es muy serio lo que la humanidad se juega si tenemos en cuenta las posibilidades que la ciencia abre y su posible manipulación.

Si la solemnidad del nacimiento de Madre de Dios es un canto a la vida, procuremos que nuestra manera de vivir sea una alabanza a Dios dador de vida. Lo será si nos afanamos por llevar a la práctica el designio de amor que la Santa Trinidad ha tenido para cada uno de nosotros desde antes de crear el mundo, el que *nos ha llamado por decisión suya a ser imágenes vivas de su Hijo* como Santa María.